COMUNIDADES ESPONTANEAS

El número 58 de la revista de espiritualidad de los jesuítas franceses Christus está dedicado al pluralismo en la Iglesia. Seleccionamos de él un artículo que constituye un importante subsidio para la reflexión sobre la vida comunitaria de los cristianos actuales. (PIN, Emile, De l'Eglise comme manière d'être ensemble, Christus, Nº 58, pp. 166-179.)

La comunidad es necesaria para la vida cristiana, pero hoy nos encontramos que las formas tradicionales en que se ha plasmado, en especial la parroquia, están en crisis, sea por el fenómeno del urbanismo, sea por el de la secularización. Se impone por tanto, la creación de un tipo nuevo de comunidad. El autor analiza la tendencia actual hacia las pequeñas comunidades espontáneas y subraya la necesidad de su articulación en el seno de la gran comunidad de la Iglesia Universal.

En los últimos años, de un modo especial en el último decenio, están surgiendo en muchos países pequeños grupos de cristianos que se reúnen con más o menos frecuencia, en presencia de un sacerdote muchas veces, y en los cuales se practica la revisión de la vida, la plegaria en común, litúrgica o no. Grupos de discusión, de reflexión bíblica, de matrimonios, etc., etc. En ellos, sus miembros se centran mejor en su vida cristiana y sacan fuerzas y criterios para cumplir sus deberes de un modo más evangélico.

¿Cómo explicar este hecho social? ¿Constituye un enriquecimiento o un peligro para la Iglesia? Los responsables de la Iglesia ¿deben estimular o frenar esta tendencia?

Esos son los interrogantes que plantean los pequeños grupos eclesiales y a ellos pretende responder, al menos provisionalmente, este artículo.

Aislamiento del hombre moderno

El hombre moderno se siente solo

El hombre moderno, el que vive en las grandes ciudades, se siente solo. La red compacta de relaciones sociales, en las que se encontraba sumergido el ciudadano de las ciudades preindustriales o el campesino se ha ido distendiendo poco a poco para desaparecer más tarde.

y perdido en el anonimato de la gran ciudad,

La masa de sus habitantes y la ignorancia casi total que existe en ellos de los valores, los fines, las alegrías y las penas de los demás, incluso de los que viven en el mismo inmueble, dan a la ciudad una tonalidad de anonimato y de desierto humano. Los hombres, más que solos, se sienten "perdidos en la gran ciudad". A esa soledad corresponde sin duda una capacidad nueva —al menos para los que pueden— de orientar su vida, de modelar la propia existencia. Esta se hace "voluntaria", lo mismo pasa con la amistad, muy mediatizada en el pasado por la proximidad geográfica (como sucede todavía en los barrios tradicionales), y que ahora se hace selectiva. Con ello el hombre aislado busca el reconstruir en torno a sí un círculo de relaciones en el que los múltiples conocimientos crean el sentimiento o la ilusión de una existencia universalmente reconocida.

pero con la necesidad de ser amado y conocido, como en las pequeñas comunidades del pasado.

Este elemento de universalidad parece esencial. El hombre del pasado vivía en el seno de un universo restringido, pero, al menos en el interior de esos límites, era conocido por todos. El hombre de hoy siente nostalgia de aquella plenitud. Salvo excepciones, el grupo de amigos del que forma parte no puede dársela, al menos que de un modo u otro no exprese o no contenga la presencia del Eterno.

Estar juntos en el seno de la Iglesia

Los cristianos han conocido históricamente diversos modos de estar juntos.

Los cristianos, a través de los siglos, han conocido diversos modos de estar juntos, desde las primeras comunidades formadas en la fe y en la esperanza en Jesucristo hasta los diversos grupos modernos de apostolado, pasando por los modos complejos de estar juntos, fundados en una convergencia de intereses de toda suerte, de un modo especial en el seno de la parroquia.

La parroquia

La parroquia que fue la comunidad cristiana esencial, al transformarse la sociedad, ya no lo es más.

La parroquia ha sido considerada tradicionalmente como "célula base" de la Iglesia, la comunidad cristiana esencial. Pero, hoy, un observador atento y leal tiene que negarse a calificarla como "comunidad" y con más razón como grupo primario. El cambio de perspectivas se debe a la transformación de la sociedad. La parroquia fue comunidad, pero ya no lo es.

Las comunidades locales a las que estaba asociada ya no existen o están desapareciendo.

Lo fue porque estaba íntimamente ligada a una comunidad local, aldea o barrio. En las ciudades ésta ya no existe, y en el campo está dejando de existir. El carácter de comunidad de la parroquia estaba ligado a formas de vida social que no brotaban de la comunidad en la fe. En el mejor de los casos ésta reforzaba un lazo comunitario que ya estaba creado. Por otra parte, la comunidad parroquial sólo excepcionalmente ha sido un grupo primario, es decir, un grupo restringido en el que sus miembros estén en estrecha proximidad, todos igualmente responsables, todos igualmente aportadores y receptores, ya que la comunidad parroquial ha sido, y **a fortiori** es, demasiado amplia para satisfacer esas exigencias.

El cristiano no encuentra hoy en la parroquia ni la comunidad local ni el grupo primario.

Por otra parte, la estructura jerárquica de la sociedad difícilmente permitía un intercambio sobre la base de la igualdad fraterna. Cierto que en las parroquias han existido también grupos humanos primarios, familias, corporaciones, pero tampoco su fundamento, al menos directamente, era la fe en Jesucristo. Pero el sistema funcionaba bien y el hombre encontraba una satisfacción psicológica y social en ese mundo pequeño.

Los grupos primarios o se han disuelto o han perdido su carácter religioso: hoy el fiel no encuentra en su parroquia ni la comunidad local, inexistente, ni el grupo primario. Está solo, conserva un ligamen con su iglesia, pero es un ligamen intelectual, sin la mediación de un contacto íntimo con sus hermanos en la fe.

Para agrupar a los fieles se han realizado diversas tentativas.

Y para agrupar a los fieles, entre otras iniciativas, se ha intentado una reestructuración de la parroquia con miras a la satisfacción de necesidades sociales no atendidas en el medio urbano.

La primera ha tendido a una reestructuración voluntaria de la parroquia: como el carácter comunitario de la parroquia tradicional nacía de la convergencia de múltiples intereses, la parroquia actual podría atender las necesidades sociales mal satisfechas en el ambiente urbano. Así nacieron las escuelas parroquiales, las sociedades culturales, recreativas, asistenciales de la parroquia, los dispensarios y las mutualidades...

Pero este tipo de parroquia ha resultado artificial, ha fomentado el paternalismo y no ha logrado integrar a todos los sectores de población.

Ese tipo de parroquia ha tenido un cierto éxito, pero se trataba de una parroquia artificial, pretendía concentrar la atención de los fieles en una unidad geográfica puramente arbitraria en cuyo seno no se podía resolver ninguno de los problemas de una comunidad urbana difundida de hecho por toda la ciudad. Además, han engendrado cierta infantilización del clero y de los fieles. Por otra parte, determinados sectores de la población jamás aceptaron integrarse en ellas; los individuos de la clase superior (los hombres en especial) y los obreros de la gran industria, implicados, unos y otros, en un conjunto de relaciones sociales mucho más amplias que el barrio.

Ni toma en cuenta el fenómeno de la secularización, ni se acerca a los incrédulos y marginados.

Hay que añadir a esto el hecho de la secularización, es decir, la conciencia de la distinción entre dos modos de ser de la sociedad, el modo temporal que reposa sobre la necesidad de la existencia de los ciudadanos y el modo espiritual basado en la libre adhesión. Esa parroquia, sucedáneo de comunidad, queda al margen de esa distinción al pretender ser útil a la existencia y coexistencia de los hombres no puede ser una sociedad a la que uno se adhiere con toda libertad.

A este tipo de parroquia se opone la parroquia misionera, en la que todos los fieles se preocupan por el testimonio de llevar el Evangelio a los no creyentes y a todos.

Un reproche que se ha hecho a la parroquia "de obras" ha sido su incapacidad de acercarse a los incrédulos y a los marginados, el ser un medio cerrado que absorbe todo el tiempo de los sacerdotes en tareas secundarias. Con ello se olvida el deber primordial de predicar el Evangelio. El abate Michonneau opone a este tipo de parroquia la parroquia misionera en la que todos los fieles se preocupan del no creyente, de los otros, para llevarles el Evangelio por el testimonio, sobre todo, de la fidelidad a los valores evangélicos en el cumplimiento de las diversas tareas, especialmente, en el terreno cívico y profesional. Importa menos el número que el que los que constituyan la comunidad sean auténticos cristianos orientados a los verdaderos problemas que se plantean y se resuelven a un nivel territorial muy superior al de la parroquia. ¿Significa esto que la parroquia debe desaparecer? No, sino que ha de hacerse misionera, para lo cual se cuenta, sobre todo, con la liturgia, una liturgia auténticamente signo y auténticamente comunitaria, y con los grupos de formación apostólica que integran los movimientos de Acción Católica.

Los movimientos de Acción Católica

Los movimientos de Acción Católica han sido otra de las maneras de vivir en situación de Iglesia, i. e. de estar juntos, dirigidos en muchos casos por sacerdotes.

Otra de las tentativas pastorales que han llevado a los fieles a vivir una situación de Iglesia han sido los movimientos de la Acción Católica. Sin embargo, la intención era diferente; sin simplificar mucho se puede decir que el fin de la Acción Católica era la reconquista para Cristo y la Iglesia de los que se encontraban alejados. Han existido muchas formas de realización, pero, en conjunto, se consideraba a la Acción Católica como una acción de grupo, dirigida en muchos casos por los sacerdotes. Una agrupación de ese tipo no responde apenas a una necesidad de intercambio, de presencia fraterna, de búsqueda sobre una base de respeto mutuo bajo la mirada de Dios. Pero, a pesar de todo, en muchos grupos se ha llegado a formar una auténtica comunidad espontánea.

En el interior de estos movimientos está naciendo la tendencia opuesta a la idea de organización disciplinada, con la aspiración de estar juntos de un modo eclesial, i. e. "reunirse en el nombre de Cristo".

Así, en el interior de los movimientos de Acción Católica nace una tendencia opuesta a la idea misma de movimiento, de organización disciplinada. Esta tendencia ha llevado al agotamiento de algunos movimientos mientras que, al margen de ellos, han nacido pequeñas agrupaciones de cristianos cuya primordial aspiración es estar juntos de un modo eclesial, es decir, "reunirse en el nombre de Jesucristo", que aunque no rehusan federarse, no se conciben a sí mismos como una organización al servicio de la Iglesia, sino como un elemento del mismo tejido de la Iglesia. Para ellos la Iglesia es un determinado modo de estar juntos en nombre de Jesucristo.

En el interior de esos grupos reducidos de fieles es donde cada uno desea buscar a Jesucristo, encontrar los valores evangélicos aplicados a la vida de cada día, reinventar una línea de conducta a partir de la existencia común,

Dentro de estos grupos reducidos se desean encontrar los valores evangélicos a partir de la existencia común con la presencia discreta y fraternal del sacerdote.

extraer de la plegaria hecha en común el aliento para el difícil y monótono deber de cada día. Estos grupos no rechazan la presencia del sacerdote, sino que la buscan, pero con la condición de que éste conciba sus funciones de una manera discreta y fraterna. "Concibo la 'pastoral' —decía un seglar italiano— como una ayuda aportada al hombre para que su encuentro con otro hombre se convierta cada día más claramente en encuentro con el Eterno."

Funciones de estas pequeñas comunidades

La función esencial de estas pequeñas comunidades es dar un contenido existencial al mensaje cristiano y sabor evangélico a la existencia cotidiana.

Sería un error pensar que el papel de las pequeñas comunidades es del orden meramente psicológico. Su función esencial parece ser lograr que la Iglesia pase de un nivel de proyecto abstracto y sin contenido al de la existencia. Esas pequeñas comunidades dan un contenido histórico, existencial, al mensaje cristiano y un sabor evangélico a la existencia de todos los días. Cada uno se convierte para el otro, no en un objeto de indiferencia o de posible utilización, sino en fuente de verdad eterna. Las debilidades de los creyentes reunidos por la fe en Cristo se hacen luz y calor para el camino... La relación social accidental se convierte en lugar de la presencia del Eterno. Se descubre un modo nuevo de estar juntos, el de la Iglesia...

Otra función es la de suscitar el sentido de afiliación a la Iglesia.

Una tercera función de las pequeñas comunidades es la de suscitar el sentido de pertenencia a la Iglesia. Uno de los efectos más dramáticos de la secularización ha sido privar a la Iglesia de las microestructuras que tomaba de las agrupaciones naturales y civiles y que permitían a sus miembros sentirse parte responsable de la Cristiandad. Al ser imposible el retorno a una situación sacral no le queda a la Iglesia otra opción que estructurarse ella misma ofreciendo a sus fieles las comunidades de base en las que cada uno es reconocido por los demás y contribuir a la edificación de todo el cuerpo. Esta necesidad, sentida desde hace tiempo, ha dado lugar al nacimiento de los grupos de finalidad doble que se encuentran en las parroquias sucedáneo de comunidad y también en los movimientos de Acción Católica. Pero esta exigencia de estructuración ¿no podría utilizar también las pequeñas comunidades de creyentes que nacen espontáneamente?

Las pequeñas comunidades y la Iglesia universal

Dos exigencias convergentes: el cristiano siente necesidad de agruparse en pequeñas comunidades y la Iglesia universal necesita reagrupar a los fieles en pequeñas comunidades, donde se suscita un mayor sentido de pertenencia.

Las dos exigencias que se han señalado parecen converger: por una parte, el cristiano de hoy siente la necesidad de agruparse en pequeñas comunidades de plegaria y reflexión; por otra, la Iglesia universal, para suscitar una auténtica adhesión de sus fieles, siente la necesidad de reagruparlos en pequeñas comunidades en las que cada uno contribuye al bien del conjunto. Estas dos exigencias parecen incluirse una en la otra. La Iglesia universal puede convertirse en un envoltorio sin contenido, en un esqueleto sin carne, si no se enriquece por la aportación de la experiencia humana corriente y no consigue suscitar en sus "fieles" una sólida actitud de pertenecer a ella. En sentido inverso, las pequeñas comunidades no responderán a lo que ellas se esperan si no ponen a sus miembros en comunión con el Absoluto que se expresa en la fe universal.

Pero la Iglesia oficial prefiere que la estructuración de estos grupos se haga de arriba hacia abajo para poderlos controlar.

Esta convergencia no debe enmascarar las tensiones. La Iglesia oficial mira con cierto recelo esos grupos. Si no se opone a la estructuración de la masa de sus fieles, prefiere que se haga desde arriba, a partir del obispo y descendiendo hacia el fiel a través del clero y las organizaciones que ella controla.

Los miembros de las pequeñas comunidades, sin embargo, sienten la necesidad de unión con la Iglesia Universal, pero no bajo la forma de una obediencia a consignas o a una doctrina completamente elaborada.

El punto de vista de los miembros de esas pequeñas comunidades es distinto, sienten la necesidad de unidad con la Iglesia universal, pero más bien a nivel del sentimiento religioso de la fe común, de la convergencia de experiencias, que bajo la forma de una obediencia a consignas o incluso a una doctrina completamente elaborada. Aceptarán, tal vez, que se constituya un pensamiento común, pero quieren participar en esta elaboración y no la conciben como definitiva, especialmente en un mundo donde el cambio permanente crea sin cesar situaciones nuevas, imprevistas. En tal perspectiva, la Iglesia oficial, la Iglesia como organización jerárquica, se hace lejana. Sus intervenciones oficiales resultan abstractas, conceptuales, sin relación con la búsqueda cotidiana y difícil del camino a seguir a través de un dédalo de deberes contradictorios.

Este sentimiento de exterioridad hacia la Iglesia oficial se refuerza con frecuencia por la ausencia de contactos con la jerarquía. Esta desearía, muchas veces, el diálogo, pero las condiciones concretas del diálogo casi no existen. Las tareas administrativas, la obligación de atender a los sacerdotes, a las organizaciones..., no permiten ese contacto. Incluso habría que inventar las formas de diálogo. La distancia psicológica es tal que lo más frecuente es que el fiel, aislado en pequeños grupos, no sabe expresarse ante el Obispo.

Ciertos fieles están contentos con esa separación. Cristianos pasivos, habituados a la sumisión, cristianos del domingo que no quieren comprometerse en asuntos de Iglesia, cuyo gobierno dejan alegremente en manos del obispo; cristianos tradicionales que temen que una participación más eficaz de los fieles en la construcción del cuerpo de la Iglesia lleve a cambios que su temperamento, su ideología y, a veces sus intereses, no desean.

Otros, por el contrario, dudan entre dos actividades: o la de protesta contra lo que consideran una voluntad de dominio y desprecio por parte de la jerarquía, o la indiferencia; dejan hablar a la autoridad, pero no se preocupan de lo que dice.

Un problema de articulación

Hay que inventar estructuras flexibles que permitan a las pequeñas comunidades reunidas en nombre de Cristo escapar a los particularismos e ilusiones para integrarse en el cuerpo de la Iglesia atendido por la Jerarquía.

Nos encontramos ante un difícil problema de articulación. La pequeña comunidad quiere reunirse en nombre de Jesucristo, pero ¿quién garantiza la autenticidad de su proyecto? ¿No se reúne a veces para escuchar su propio mensaje? ¿Quién puede ahcerla consciente de su particularismo y de su ilusión?

Por otra parte, la jerarquía quiere dirigir la Iglesia hacia la verdad y la salvación. Pero ella no es Iglesia más que dando forma y consistencia al pueblo de Dios. No es preciso que se dé una existencia aparte. Cierto que debe velar para que todos esos grupos que se constituyen en la Iglesia se reúnan en el nombre de Jesucristo. Pero esta vigilancia sobre los fundamentos de la reunión, sobre los motivos del estar juntos en Cristo, no debe llegar a la pretensión de ponerse en el lugar de la Iglesia. La jerarquía debe velar para que la Iglesia sea verdaderamnte la Iglesia de Cristo; debe hacer tomar cuerpo a este conjunto cristiano, pero es en el seno de esta Iglesia verdaderamente constituida en la que por cada hombre, cada generación, cada país, cada situación, hablará el Espíritu.

La Iglesia no es ante todo una organización, ni siquiera una jerarquía, sea cual sea la santidad y la total dedicación de las personas que la constituyen. La Iglesia es, ante todo, un cierto modo de estar unidos en el nombre de Jesucristo, para escuchar la voz del Espíritu. Este modo de estar juntos exige la pequeña comunidad de fieles, pero también exige que esté firmemente fundada sobre la fe en Jesucristo, fe universal, exigente, negadora de los egoísmos individuales lo mismo de los de grupo, de nación o de clase. La pequeña comunidad sólo puede escapar a tales particularismos si de una manera u otra está ligada con el cuerpo de la Iglesia, esa articulación es una condición de su existencia y de su capacidad de dar la respuesta que sus miembros esperan de ella. La jerarquía tiene por misión asegurar la integración de todo el cuerpo de los fieles. Pero debe operar esta integración del cuerpo dándole una existencia bien articulada y real, presencia viva del Espíritu en el **hic et nunc** cotidiano. La tarea de los años futuros será inventar esas estructuras flexibles que hagan que los cristianos puedan ser hermanos universales sin que la voluntad de universalismo les impida ser verdaderamente hermanos, unidos "in nomine Jesu".

★ ★